

David Lay Williams

## The greatest of all plagues. How economic inequality shaped political thought from Plato to Marx

PRINCETON (NJ), PRINCETON UNIVERSITY PRESS, 2024. 424 PP. ISBN: 9780691171975

La desigualdad lleva ya mucho tiempo de moda. Simon Kuznets (1955) dibujaba en los años dorados del capitalismo su famosa U invertida entre desigualdad y crecimiento económico. Sin embargo, desde la caída del muro de Berlín la tendencia al crecimiento de la desigualdad impulsó trabajos como el de Branko Milanovic (2005), que utilizó encuestas de hogares de más de 100 países para concluir que a comienzos del siglo XXI el 5% más rico de la población recibía un tercio del ingreso global. Thomas Piketty (2014) ampliaba el conjunto de datos para defender que, sin impuestos progresivos, la desigualdad se dispara. Esta desigualdad parece depender de las instituciones, que habilitan y dan capacidades (Prados, 2023) y, por ello, también se ha extendido el estudio a épocas históricas, con datos de ingresos de los hogares más difíciles de confirmar.

Milanovic (2023) dio recientemente un impulso al estudio de la desigualdad mostrando que el concepto es un fenómeno histórico desde las ideas de distintos economistas a partir del siglo XVIII. Y ahora, David Lay Williams, especialista en historia del

pensamiento político y profesor en DePaul University (Chicago), sigue la estela de Milanovic ampliando el estudio para demostrar que no es que algunos autores dispersos se hayan mostrado descontentos con la desigualdad, sino que el rechazo a la desigualdad económica es algo intrínseco a la filosofía política, independientemente de los objetivos de cada filósofo. De hecho, las siete grandes figuras que presenta el autor (Platón, Jesús, Hobbes, Rousseau, Adam Smith, John Stuart Mill y Karl Marx) son muy diversas respecto a su propósito. Así, el autor pone en evidencia que no es sólo que los menos privilegiados tengan envidia por la riqueza ajena, como planteaba Freud (2010) o McCloskey (2016), sino que la desigualdad económica es rechazada por motivos más profundos. Ello desmiente las ideas de liberales como Friedman (1962, 161) o Hayek (1972, 13) que apuntaban a que el igualitarismo es invención del siglo XX y aplicaban el suficientismo, que considera que, mientras que los pobres tengan lo suficiente, no debemos preocuparnos por el exceso de riqueza.

El autor trata el tema en el pensamien-

to político occidental a pesar de que también en oriente hay mucho escrito sobre el asunto. Confucio decía que un gobernante sabio “no se preocupa de la pobreza sino de la distribución desigual” y Lao Tzu y Gandhi se lamentaban del exceso de riqueza. Pero el hecho de que los filósofos políticos occidentales también consideren peligrosa la riqueza concentrada había sido prácticamente ignorado. Es evidente, por ejemplo, en el caso de Jesús, pero no en el de Platón o en el de Hobbes, muy desigualitarios políticamente, pero que consideraban la desigualdad económica el mayor peligro de una república floreciente.

De hecho, el título del libro remite a las *Leyes* de Platón que afirmaba que la guerra civil es la “mayor de todas las plagas” resultado inevitable de la excesiva desigualdad económica (Platón, 1979, 744). Platón era desigualitario en *República* ya que imaginaba que el poder político en la ciudad-estado ideal se concentraría en manos de los filósofos virtuosos. Sin embargo, para él la armonía y los lazos fraternales son la base de una buena república. Platón enfatizaba los efectos de la desigualdad en el alma y el desorden social: dado que el deseo de riqueza requiere de disciplina, el avaricioso deja de lado las verdaderas virtudes como el coraje, la moderación, la justicia o la sabiduría, y el peligro de la perpetuación de esta oligarquía “sin alma” será cada vez mayor. Su solución es que se distribuya la riqueza de modo que el ciudadano más rico no tenga más de 4 veces más que el más pobre. La desigualdad debe reducirse gradualmente a través de la persuasión.

La desigualdad es un tema central de los tratados de la antigüedad. Cuando en Atenas las diferencias de riqueza eran muy grandes, “todo el mundo estaba endeudado con

los ricos” (Plutarco, 2001, 114) y muchos tuvieron que volverse esclavos, o emigrar. Solón hizo perdonar las deudas y prohibió la venta de uno mismo como seguridad de la deuda, algo que, según el historiador Plutarco, fue necesario para asegurarse una libertad democrática (Plutarco, 2001, 145). También Tucídides relata esa situación en la guerra de Peloponeso; y el legislador Licurgo aconsejaba organizar comidas comunes para que los ricos tuvieran que alimentarse con lo mismo que sus vecinos pobres. Ello volvería a la gente, no tanto ciudadanos, sino hermanos. Recomendó la división de Esparta en tierras iguales para distribuir las entre las familias.

En el caso de Jesús, su rechazo a la desigualdad es más evidente. Jesús predicaba para los pobres diciendo que no se puede servir a dos señores: el rico elige amar al dinero, no a Dios (Mateo 6:24, Mateo 19: 16, Marcos 4:1-9; Marcos 10:17-31; Lucas 8:4-8; Lucas 18:18-30, etc.) El mandamiento principal es amar al prójimo como a ti mismo y son bienaventurados los compasivos, los humildes, los pobres de espíritu. El pobre no debe anhelar la riqueza porque “los ricos acumulan tesoros para sí mismos, pero no son ricos para Dios” (Lucas 12:21). El final de esta idolatría lleva a que sea “más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos” (Mateo 19: 23-24). Jesús pide la vuelta de las leyes hebreas del año Sabático y Jubileo que requerían que todas las deudas se perdonaran cada siete años y toda propiedad se restaurara a la distribución equitativa cada medio siglo. Así, pretendía reunir a la “casa dividida”.

El autor da después un salto a la Ilustración, dejando una laguna poco justificada. Thomas Hobbes quería salir del estado de la naturaleza de perfecta igualdad, pero consi-

deraba que la mayor amenaza a la autoridad de Leviatán era la concentración de riqueza. La extrema pobreza genera resentimiento y envidia, que es la fuente de la guerra. La riqueza concentrada crea “presunción de impunidad”, inconsistente como el imperio de la ley. Hobbes esperaba que el Leviatán redistribuyera la riqueza para evitar estos extremos. Jean-Jacques Rousseau, típico exponente de la lucha por la igualdad, consideraba que en repúblicas no corrompidas por el lujo y la desigualdad, como Córcega, la moneda prácticamente podía prohibirse; en sociedades corrompidas por la desigualdad, los impuestos al lujo deben crear mayor igualdad. Igualmente, Adam Smith, aunque tachado de defensor del capitalismo salvaje, consideraba que la desigualdad mina la simpatía mutua. La pobreza desmoraliza porque el hombre se siente avergonzado (Smith, 2009, 63, 68). La desigualdad hace que los códigos morales y legales beneficien sólo al rico e inspira un egoísmo insano. Aunque su solución no es revolucionaria, aceptaba la imposición progresiva.

En el siglo XIX, John Stuart Mill, también defensor de la libertad individual, creía que esa libertad no puede ejercerse sin igualdad de oportunidades. La desigualdad corrompe tanto a ricos como a pobres, embruteciendo a los primeros y victimizando a los segundos. Lleva al egoísmo porque los ricos desprecian en vez de cuidar a aquellos degradados por la pobreza. Las soluciones que propone son la instauración de cooperativas, la educación o los impuestos a la herencia. Mill apela a la armonía, amistad y fraternidad en la “unidad de nuestros semejantes” (Mill, 2001, 32). Karl Marx es un exponente más evidente contra la desigualdad. Discute el mito de que los ricos son más trabajadores que los

pobres, que justifica el capitalismo. Para él, la desigualdad lleva a la dominación. Su remedio: derrocar el sistema económico mismo.

Como vemos, las soluciones propuestas son muy diversas, pero desde distintas ideologías muchos filósofos políticos occidentales han coincidido en afirmar que la desigualdad es un gran muro entre los hombres que puede minar los cimientos de la sociedad.

**Estrella Trincado**

Universidad Complutense de Madrid

## Bibliografía

- FREUD, Sigmund (2010) *Civilization and Its Discontents*. New York: Norton [1930].
- FRIEDMAN, Milton (1962) *Capitalism and freedom*. Chicago: University of Chicago.
- HAYEK, Friedrich A. (1972) *The road to Serfdom*. Chicago: University of Chicago [1944].
- KUZNETS, Simon (1955) Economic Growth and Income Inequality. *The American Economic Review*, 45, 1-28.
- MCCLOSKEY, Deirdre N. (2016) *Bourgeois equality: how ideas, not capital or institutions, enriched the world*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MILANOVIC, Branko (2005) *Worlds Apart. Measuring International and Global Inequality*, Princeton University Press: Princeton.
- MILANOVIC, Branko (2023) *Visions of Inequality. From the French Revolution to the End of the Cold War*, Editorial: Harvard University Press.
- MILL, John Stuart (2001) *Utilitarianism*,

- Indianapolis: Hackett [1861].
- PIKETTY, Thomas (2014) *Capital in the twenty-first century*. Cambridge Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press.
- PLATO (1979) *The Laws of Plato*, Chicago: University of Chicago Press.
- PLUTARCO (2001) *Lives*, New York: Modern Library.
- PRADOS, Leandro (2023) Inequality Beyond GDP: A Long View. *Review of Income and Wealth*, 69: 533-554.
- ROUSSEAU, Jean Jacques (2019) *The Discourses and Other Early Political Writings*, Cambridge: Cambridge University Press [1751].
- SMITH, Adam (2009) *Theory of Moral Sentiments*, New York: Penguin [1759-90].